

CUEVA, JUAN DE LA (1543-1612)

*LOS AMORES DE MARTE Y VENUS*

*A Don Enrique de la Cueva*

La red que con ingenio y sutil arte  
a la madre de Amor y la belleza  
prendió, y en nudo estrecho ligó a Marte,  
en sujeción poniendo su fiereza,  
el ruego de los dioses que desparte  
del ígneo dios la saña y aspereza,  
la red suelta, el insulto perdonado,  
será de mi terrestre voz cantado.

Deste deseo que me enciende y mueve,  
deste ardor que me lleva tras su efeto  
forzado, a que mi débil fuerza pruebe  
una empresa tan grave cual prometo,  
inspirado del coro de las nueve,  
y del retor a quien está sujeto,  
la voz levanto, el plectro humilde templo,  
dando del caso memorable ejemplo.

Recebid pues, señor, el don indino  
que os ofresce mi musa temerosa  
y admitildo con ánimo benino  
cual es a mi deseo debida cosa.  
Que siempre al grato ánimo es más dino  
que el don la voluntad, y más preciosa;  
que si vos lo acetáis espero el premio  
que me asegura del mortal apremio.

Será posible a la rudeza mía  
si le dais vuestro aliento soberano  
que eceda al que cantó en dulce armonía  
la vitoria greciana y fin troyano.  
Que adonde aspiro y mi deseo me guía  
llegue, que será más que vuelo humano,  
que no demanda menos el sujeto  
que con vuestro favor cantar prometo.

Venció el amor y hermosura inmensa

de la diosa en Idalio venerada  
al invencible Marte, que en ofensa  
de Vulcano, ocupaba su posada.  
A su ardiente querer no hubo defensa,  
ni su voluntad fue menospreciada;  
antes aceta de la bella diosa,  
que era madre de Amor, y ella amorosa.

Gozábanse los dos sin que les diese  
el ausente marido sobresalto,  
ni con solicitud los requiriese  
en sus contentos con celoso asalto.  
Lemnos era ocasión que se impidiese  
en sus ardientes oficinas, falto  
del cuidado amoroso, que encendía  
a su amada mujer que le ofendía.

Con sus desnudos cíclopes, al fuego  
estaba, el duro yunque golpeando,  
armas haciendo al fiero bando griego  
o el presto rayo a Júpiter forjando.  
Sin dar descanso ni tomar sosiego  
fragua, yunque, y martillo trabajando,  
por un compás temblar haciendo el puesto  
donde se vio primero el uso de esto.

Deste trabajo a que asistía Vulcano  
su mujer Venus poco cuidadosa,  
acudía a su gusto libre y vano,  
a su torpe placer, y no a otra cosa;  
el deleite tenía en ella mano,  
la gala y compostura artificiosa  
remedio que enseñó Naturaleza  
para suplir las faltas de belleza.

Aunque usar Venus desta compostura  
era superfluo, por estar en ella  
de las Gracias la eterna hermosora,  
y de las diosas la beldad más bella,  
no olvidaba el ornato, que asegura  
lo natural, y así que podían vella  
el rostro aderezaba soberano,  
las hebras de oro y la hermosa mano.

Esto con la belleza soberana  
un efeto causaba poderoso,

que ni suerte divina, o fuerza humana  
dejaba libre el rostro milagroso;  
del tracio dios la saña horrible allana,  
el brazo liga siempre vitorioso,  
y así cativo della, ante ella puesto  
dice, rendido al soberano opuesto:

«Oh luz del tercer cielo, y diosa eterna,  
hija de Jove, y madre de Cupido,  
cuyo excelso poder rige y gobierna  
lo terrestre, y el trono más subido;  
si a mi ardiente querer voluntad tierna  
muestras, si no me ofendes con tu olvido,  
eternamente te seré sujeto,  
y humilde estar a tu querer prometo.

Bien ves, que mi gallarda bizarría  
cualquier buen tratamiento se le debe,  
cualquier favor, cualquiera cortesía,  
por la fe sola que a mi alma mueve,  
y por ella, oh Cíterea, diosa mía  
te juro, que el temor que me conmueve  
es entender que no meresco verte,  
ni sé cuál debo, y es razón quererte.

Supla tu celsitud, diosa querida,  
lo que en esto faltare, aunque el deseo  
en mí no faltará, u antes la vida  
si de un dios puede Muerte hacer trofeo;  
y si hará primero que movida  
sea mi fe, del puesto en que la veo,  
y el jayán que está en Etna sepultado  
tendrá sosiego, y Jove al suelo echado.

Y no entiendas que es tanto lo que digo,  
cuanto lo que reservo, y decir puedo;  
desto puedes tú sola ser testigo,  
que a mí el decirlo no me deja el miedo;  
y más, cuando recelo a mi enemigo  
Vulcano, por quien yo mil veces quedo  
privado de la luz de tu presencia,  
huyendo dél, haciendo de ti ausencia.

Aquí, rompe el honor del sufrimiento  
las cuerdas, y el furor ardiendo en ira  
me incita a que en tu bello acatamiento

haga lo que el furor y amor me aspira;  
que no puedo llevarlo sin tormento  
ver, que tu celestial belleza mira  
un cojo, un feo, de tisne y humo lleno,  
que en nada es nada, y para nada bueno.

Desto me indino contra mí, que adoro  
esa belleza, sin poder ser parte  
que no goce tal mostro tal tesoro,  
que sólo es dino que lo goce Marte;  
Marte te adora, y contra el alto coro  
moverá guerra, si entendiere darte  
gusto, y al mesmo Jove en nombre tuyo  
desposeerá del alto reino suyo.»

Diciendo Marte estas razones, queda  
transpuesto en Venus, la cerviz rosada  
(del brazo que al furor el poder veda)  
en torno estrechamente rodeada.  
Venus las oye, sin que en ellas pueda  
el afición, ni los desgarros nada;  
que los desgarros del amante fiero,  
son de menos efeto que el dinero.

Oyendo a Marte estaba las razones  
la diosa que premió el pastor en Ida  
y queriendo atajar tantos blasones  
los labios mueve donde Amor se anida,  
diciendo: «bien sé, Marte, tus pasiones,  
bien conosco que soy de ti querida:  
que por mi causa arruinaras un mundo  
y saquearas el cielo y el profundo.

Estremos son de quien cual tú publica  
que quiere tan perdida y ciegamente  
y a la pasión de amor sólo se aplica  
y en ella sufre y siempre está obediente.  
Mas lo que en estas causas testifica  
que es amor más seguro y ecelente,  
es hacer más, y los que hablan menos  
para amantes y amados son los buenos.

Que a las mujeres el regalo tierno  
agrada más que el desgarrar horrible,  
el bien las pone en cativerio eterno,  
con él es la más áspera apacible;

que no adquieren con armas el gobierno  
de la mujer, que es animal terrible,  
indómita por tal, que no domella  
por rigor, ni virtud sacarán della.

Trata el amor que es blando con blanduras,  
deja la espada para las batallas;  
así con las mujeres aseguras  
el crédito, si aspiras a tratallas.  
Convierte las fierezas en dulzuras,  
en libertad el uso de apremiallas,  
en dones los asombros y temores,  
en sufrimiento oprobrios y rancores.»

Quedó Venus llegando a decir esto  
con desdeñoso y áspero semblante  
porque tuvo osadía en aquel puesto  
a afrentar a Vulcano el libre amante;  
yerro del que tal hace manifiesto  
menospreciar competidor delante  
de la dama, que suele al que desprecian  
quedar en posesión por el que precian.

Del proceder de Venus quedó Marte  
pavoroso, entendiendo su desgusto  
y que su libre proceder fue parte  
de desgustarla en ocasión de gusto;  
quiere enmendar el yerro que desparte  
el amistad, que llama eceso injusto;  
recoge el brazo, el rostro allega della  
al suyo y los purpúreos labios sella.

Así el enojo reconcilia y mueve  
la voluntad airada en mansedumbre;  
al ministerio fiera no se atreve  
la ira, prevertiendo su costumbre.  
El amante el nectáreo aliento bebe  
del bello cerco a la febea lumbré  
sin recato, entendiendo que su insulto  
era por ser en casa al cielo oculto.

Oh dulzuras de amor que en tantos daños  
a parar vienen vuestros torpes gustos,  
las amistades rotas, los engaños  
y los placeres vueltos en desgustos;  
los contrarios efetos, los estraños

fines, que a veces siguen los más justos,  
y del camino verdadero tuercen,  
sin que razón ni otros respetos fuercen.

En este torpe amor los dos andaban  
revueltos, ya el enojo despedido,  
y de tal modo entrambos lo olvidaban  
como si entre ellos nunca hubiera sido;  
las encendidas almas regalaban  
aunque no estaba en ellos el sentido  
para sentir, porque el dulzor suave  
los turbaba y rendía el sueño grave.

Viendo el Sol, (a quien nada hay encubierto  
y dondequiera entra libremente)  
el adulterio oculto, descubierto,  
porque a sus rayos todo está presente;  
ardiendo en ira, viéndolo tan cierto  
y de invidia haciéndose impaciente,  
quisiera (a no ser dioses como estaban)  
vengar dándoles muerte al que afrentaban.

Míralos en infame nudo asidos,  
revuelve el rostro y huye de mirallos;  
quiere volver los rayos esparcidos  
y oscurecer el día por tapallos;  
gime el horrible insulto, suspendidos  
de su veloz carrera los caballos,  
para volverse atrás, cual hizo huyendo  
por no mirar de Atreo el hecho horrendo.

Prueba en dudoso imaginar dar vuelta  
al rojo oriente y que fenescas el día,  
y así la rienda al rubio Piroo suelta  
para que vuelva a do empezó su vía;  
muda de acuerdo y vuelve la revuelta  
rienda, sin que la presta fantasía  
repose, ni en el caso halle acuerdo  
que cual conviene le parezca cuerdo.

Lleno de horror y confusión estaba,  
eligiendo ora un medio ora otro medio  
y el que más para el caso le cuadraba  
le parecía al punto mal remedio;  
cual roca al mar en quien su furia brava  
hiere, a sus duros golpes puesta en medio,

que por un cabo y otro con frecuencia  
le aqueja el mar y el viento con violencia.

Tal está Apolo, en mil cuidados puesto,  
gravemente de todos aquejado,  
por un cabo la invidia con molesto  
estímulo, en furor lo enciende airado;  
por otra parte, ver en aquel puesto  
a Marte, y dél, Vulcano injuriado,  
lo indina, turba, y tiene de tal modo  
que sin determinarse duda en todo.

No sabe en tanta suspensión qué haga,  
ni si se vuelva o su camino siga:  
como si a él solo aquella infame llaga  
tocara, que así della se fatiga;  
de su encendido pensamiento apaga  
la ardiente llama y su furor mitiga  
con un acuerdo resolute y fiero  
que es del caso hacerse mensajero.

Determina ir a Lemnos a dar cuenta  
del oculto adulterio al dios Vulcano  
testificando su injuriosa afrenta,  
que venga y que se vengue de su mano.  
Sin detenerse punto, con violenta  
priesa, instigado de furor insano,  
que lo arrebatara en ciego desatino  
a Lemnos hace desde allí camino.

No considera si tan triste nueva  
sería con gusto o con desgusto oída,  
pues ni razón ni autoridad aprueba  
una cosa tan libre y atrevida;  
demás, de que al que tales nuevas lleva  
con odio es su embajada recibida,  
y en odio queda y en perpetua nota  
porque infidelidad libre denota.

A su determinado pensamiento  
ninguna razón justa lo refrena  
para volvello de tan mal intento,  
pues era ofensa y era culpa ajena;  
que si de su poético convento  
ninguno destes era, ¿qué condena  
su furia? y si lo fuera por ventura

sufriera cual lo hace con blandura.

Que quien ve profanar el sacro coro  
de mil gentes indinas de mirallo,  
y al que le agrada el virginal tesoro  
de sus Musas, acude a saqueallo;  
bien se ve cuán bien guarda este decoro  
cuando las trujo Baco (sin honrallo)  
en su ejército, y ellas le cantaban  
y entre la soldadesca se alojaban

Esto fuera más justo que sintiera  
y cual era razón lo remediara  
y a la chusma poética pusiera  
freno, y tantos abusos reformara;  
que si Venus está de esa manera  
oficio es suyo y fama suya clara  
y quizá su marido lo sufría  
por su honor o miedo lo encubría.

Y siendo por ventura desta suerte  
poco le iba a Febo en publicallo,  
que no es justo al que duele un dolor fuerte  
dalle con él, ni al mísero aquejallo.  
Bien conocía Vulcano que era muerte  
a Venus su mujer, vello y tratallo,  
por ser después de sucio, feo, y cojo,  
para galán desgalibado y flojo.

Deste conocimiento (por ventura)  
resultaba el estar ausente della,  
y aunque con tanto riesgo era cordura  
pues no lo quería bien, no querer vella;  
no como el loco amante que procura  
más a la que más huye, y da en querella  
por la misma razón que ella lo olvida,  
consume en llanto, y en dolor su vida.

Oh miserables amadores vanos,  
oh vanos amadores miserables,  
que así seguís los males inhumanos  
y a los que os dan tormentos espantables;  
y como si se usara haber vulcanos  
que no siendo amorosas y tratables  
no las siguieran, ni se dieran nada  
por la más bella, libre, y confiada.

Yo sé que no estimaran en tan poco  
al que merece más, ni se adorara  
el que merece menos, ni por loco  
tuvieran al que muestra su ansia clara;  
en sentimiento desto me provocho  
a saña, y como libre disparara;  
mas refréname ver que me desvíó  
del propósito y fin adonde guío.

Vulcano estaba en su oficina ardiente  
entre el humo, el carbón, la tizne y fuego,  
con hervor, y con priesa diligente  
privando a sus ministros de sosiego;  
y viendo que venía el Sol luciente  
a hablalle, dejó la fragua luego,  
y al delantar, la tizne sacudiendo,  
se limpia el rostro y sale así diciendo:

«Bella forma, que das la luz divina,  
cercando con eterno curso el cielo,  
por donde sino tú nadie camina  
ni ve las cosas que produce el suelo.  
¿Qué buena suerte o dicha mía encamina  
que vea en mi casa al sacro dios de Delo,  
cuya venida estimo yo en más precio  
que la divinidad de que me precio?»

Mira qué es lo que vienes a mandarme  
que aquí me tienes presto a tu servicio,  
sin poder de tu gusto desviarme,  
pues es lo que yo estimo y más codicio.  
Y si venir a Lemnos a buscarme  
te trae alguna cosa de mi oficio,  
aquí tienes saetas, rayos, mazas,  
fuertes escudos, yelmos y corazas.

Si no te satisface nada desto,  
carros, cetros, diademas puedo darte  
sin otras cien mil cosas que muy presto  
en tu presencia puedo presentarte.»  
Diciendo esta razón, señaló presto  
donde tenía cada cosa aparte;  
mas el délfico hijo de Latona  
al siciliano herrero así razona:

«No es la ocasión de mi venida a verte  
(oh poderoso rey y dios del fuego)  
a demandarte armas, ni a ponerte  
por lo que toca a mí, en desasosiego;  
tuya es no más la prenestina suerte,  
a ti demanda que le acudas luego  
con priesa, y así un punto te reporta,  
y escucha atento, oirás lo que te importa.

Bien quisiera, oh Vulcano, hermano mío  
(que de darte este nombre no rehuyo,  
pues el rey del sidéreo señorío  
me engendró a mí, y él mismo es padre tuyo)  
no venir a contarte un desvarío  
tan grave, que el horrible efeto suyo  
temo, y de no acudir a descubrillo  
mayor inconveniente hay que en decillo.

Lo uno miro y en lo otro advierto,  
el riesgo y el trabajo considero,  
la grande ofensa de que esté encubierto,  
la justa mengua si encubrillo quiero;  
lleno de dudas, pavoroso, incierto,  
me tiene el caso atroz, horrible, y fiero,  
de suerte, que al hablarte me lo impide  
la venganza, y que hable el caso pide.

Este, que así me trae pavoroso,  
la lengua me desata y pone aliento  
para decirte el trance vergonzoso  
en que te pone un libre atrevimiento,  
tu mujer Venus, cuyo amor fogoso  
te trae fuera de ti, tras su contento,  
la voluntad siguiendo y gusto della,  
desvelándote en cómo has de querella.

Esta, que amas tan perdidamente,  
y por quien tantos males te han venido,  
por quien te ves en odio de la gente,  
y de los dioses siempre escarnecido,  
por quien estás a la hornaza ardiente,  
entre tiznados cíclopes metido,  
mientras ella rendida al vil deleite  
se ocupa en sólo el atavío y afeite.

Esta pues que tú honras y amas tanto

te ofende, menosprecia y te deshonra,  
sin cuidar de tu afán ni tu quebranto,  
compra el contento suyo con tu honra;  
Marte el desgarrador, que pone espanto  
oír su nombre, adulterando te honra  
con Venus, sin mirar honor ni puntos  
los dejo a entrambos en tu casa juntos.

Acude presto a remediar tu ofensa,  
pague ya éste insolente y ésta aleve,  
la maldad disoluta y culpa inmensa  
injusta en ti, pues tanto amor te debe;  
no te suspendas más, la suerte piensa  
de castigallos, pues el tiempo es breve  
y quedan de la suerte que te digo,  
dentro en tu casa, de que soy testigo.»

Oyendo a Febo estaba el dios Vulcano,  
y de aquejado, sin valor ni brío,  
se le cayó el martillo de la mano  
y todo se cubrió de un sudor frío;  
quiso hablar, y aunque probó fue en vano,  
que el dolor poseía el señorío  
del corazón, y el corazón ligaba  
la lengua, y casi muerto y mudo estaba.

Estando así suspenso desta suerte  
el dios que en Lemnos tiene la oficina,  
sin dejarle hablar el dolor fuerte  
que le causó la nueva repentina,  
de agua abundante por el rostro vierte  
un Tanais, que por medio dél camina,  
la tizne, el humo, el polvo humedeciendo  
que con el agua dél, venía cayendo.

Cual suele la boreal furia trabando  
con las húmidas nubes cruda guerra,  
que de repente abriéndose y lanzando  
el agua que en su cóncavo se encierra  
de las enhiestas cumbres abajando  
cuanto delante halla, hoja o tierra  
lleva, cual de Vulcano el llanto hacía  
en hollín, humo, y tizne que tenía.

Trabado de su angustia y su fatiga,  
la humedad enjugando de los ojos,

respondió: «no sé, Apolo, qué te diga,  
rendido a mi deshonra y mis enojos;  
porque esperar de aquélla mi enemiga  
otro bien, ni alcanzar otros despojos  
es yerro, cual el tuyo ha sido en darme  
nueva tan triste para así afrentarme.

Bien pudieras dejar de darme cuenta  
si a mi mujer esa flaqueza viste,  
que no se ha de llevar nueva de afrenta  
al que se afrenta, ni de pena al triste;  
mas ya que tu embajada me presenta  
la ofensa que tú solo ver pudiste,  
por la inviolable Estigie ante ti juro  
que yo la vengue bien o sea perjuro.»

Diciendo esta razón dio vuelta, y luego  
su diurna carrera Apolo sigue,  
ajeno del mortal desasosiego  
de que fue causa que a Vulcano instigue,  
ardiendo en saña y en celoso fuego  
que a mil cosas le incitan que se obligue,  
sin saber elegir cuál fuese buena,  
que la razón se turba con la pena.

Gime profundamente, y del celoso  
pecho, suspiros sin parar derrama,  
la larga barba arranca desdeñoso  
y en su favor los altos dioses llama;  
triste, despavorido, cuidadoso,  
pensando cómo restaurar la fama,  
el pie puso en el yunque y en la mano  
dejó el rostro inclinar de húmido cano.

Un largo espacio estuvo así parado  
lleno de confusión y pensamientos  
sin ser señor de sí, todo ocupado  
en la causa cruel de sus tormentos;  
mas de la suspensión siendo apartado  
un poco, y prosiguiendo en sus intentos  
que eran vengar de Marte la osadía  
y de Venus la infame alevosía.

Como pudo tener discurso alguno  
contempló la maldad y el torpe hecho  
sin que entre mil consuelos halle uno

que la saña mitigue de su pecho.  
Después de aquel pensar tan importuno  
sale lleno de ira y cruel despecho  
cual río represado en angostura  
que no deja al salir cosa segura.

No halla cosa que su ira apoque  
aquejado, confuso, sin sosiego,  
sin dejar instrumento que no toque,  
da voces, pide hierro, carbón, fuego;  
temiendo que la saña le provoque  
a nueva ira, presurosos luego  
acuden sus herreros sicilianos  
con los pesados machos en las manos.

Como los viese a su querer dispuestos  
los fuertes miembros para el fin desnudos  
mirando a todos los turbados gestos  
les dice, viendo como estaban mudos:  
«ahora cumple, amigos míos, ser prestos  
no en hacer petos ni en forjar escudos,  
mas en hacer con diligencia presta  
una obra, en que tengo la honra puesta.

No es hacer rayos al retor superno,  
que del sublime alcázar vitorioso  
lanzó con ellos al sulfúreo infierno  
el escuadrón terrestre numeroso  
y castigando con tormento eterno  
el sacrilegio horrible y espantoso,  
a Ormedón, a Encélado y Tifeo  
puso cual veis, y al triste de Alcioneo.

Tampoco quiero, a Palas soberana  
otro egis hacelle, ni a Neptuno  
nuevo tridente, con que la inhumana  
furia, aplaque del mar fiero importuno,  
ni de lucientes formas a Ariadna  
otra corona, ni collar ninguno  
cual a la otra adúltera, ni quiero  
a Eneas dar armas, ni a Diomedes fiero.

Estas obras dejad ahora, amigos,  
y acudamos a otra que inquieta  
mi espíritu, y a dos mis enemigos  
contrastemos con obra más perfeta;

quiero aclararme y que seáis testigos  
de mi pasión y voluntad secreta.  
Brontes y Paracmón, estadme atentos,  
tú, Estéropes, escucha mis intentos.

Suspende tú, oh Aemónides, el duro  
y pesado martillo, arrima el pecho  
al grueso cabo, que te doy seguro  
que ha de afligiros mi afrentoso estrecho;  
en el cual, por la Estigie oscura os juro  
que he de quedar vengado y satisfecho  
de la ofensa que el tracio dios me hace  
y del contento que a mi esposa aplace.

Sabréis, oh fuertes cíclopes, que ahora  
cual vistas, el gran dios que nos da el día,  
me dijo, (ay triste dicho, ay triste hora)  
una infame, una horrible alevosía:  
que aquella ingrata, a quien mi alma adora,  
aquella desleal y mujer mía,  
aquella por quien yo me veo abatido,  
menospreciado, odioso, escarnecido.

Y no contenta de este infame daño,  
desta injuria tan grande y afrentosa,  
por nueva vía, por camino estraño,  
acrecienta mi pena trabajosa.  
Esta no es presunción ni es falso engaño,  
procedido del alma mía celosa,  
mas es verdad que en este mesmo punto  
vio a Marte, Apolo, estar con Venus junto.

De aquí nace mi ardiente desconsuelo,  
de aquí mi llanto y confusión terrible;  
de aquí el deseo (aunque se indine el Cielo)  
de vengarme y vengar mi oprobrio horrible;  
que no me pone límite mi duelo,  
ni para el fin que intento habrá imposible  
si la celeste máquina cayere  
sobre mí, y Jove al centro me hundiere.

Sólo quiero que vuestra diligencia  
no me falte, pues della fue contino  
ayudado, y siguiendo mi presencia  
saldré con lo que en esto determino;  
aquí el engaño ha de mostrar y ciencia,

y la parte que tengo de divino,  
una red fabricando con tal arte  
que sin ser vista, a Venus prenda y Marte.

Cuando juntos los tenga, haré luego  
lo que reservo a mí para aquel punto,  
vosotros dadme acero, encended fuego,  
fuelles, martillos y agua tené a punto.»  
Los cíclopes sin punto de sosiego  
lo uno y otro le pusieron junto,  
y en torno dél, cuál forja, cuál enciende,  
cuál templa y cuál la larga hebra estiende.

Juntan varios metales, que al ardiente  
calor, se regalaban y corrían,  
con artificio y priesa diligente  
delgadas hebras para el fin hacían;  
igualaba la obra al ecelente  
ingenio, y tan sutiles las tendían  
que ecedían a Aragne en sutileza  
y engañaban la vista en delgadeza.

Vulcano las revuelve, y entreteje  
unas con otras, con destreza y arte,  
y una nudosa red enlaza y teje  
que cogía y largaba a cualquier parte;  
dióle un color que aunque la tienda y deje  
donde en ella coger pensaba a Marte  
no pudiese ser vista ni entendida  
sin ver primero su intención cumplida.

Fue tal la priesa que en la obra puso  
y tal la diligencia en no dejalle  
sus cíclopes, que así en lo que propuso  
ellos así acudieron a ayudalle.  
Acabada la obra se dispuso  
de hacer la esperiencia y en la calle  
puesto, la red envuelve, y al momento  
de Lemnos parte a efetuar su intento.

A esta sazón estaban los rendidos  
amantes, entregados al sabroso  
dulzor de Venus, ciegos los sentidos  
cual los pone aquel fuego deleitoso,  
descuidados, que estando así ascondidos  
era oculto su yerro vergonzoso,

de Vulcano haciendo poca cuenta  
que estaba ausente, y no sabía su afrenta.

Había la Noche con tiniebla oscura  
cercado el mundo, el claro Sol quitando  
el regimiento, y dándole soltura  
de la cimeria gruta al sueño blando,  
cuando Vulcano en su congoja dura  
a su casa llegó, y considerando  
estuvo un grande espacio, de qué suerte  
haría su negocio, cómo acierte.

Lleno de ira y de coraje fiero  
la puerta mira, y sin moverse estuvo  
suspense, el orden que tendría primero  
pensando bien y en esto se detuvo;  
bien quisiera coger al dios guerrero  
junto con Venus, cual noticia tuvo  
que los vio el Sol, mas teme si acomete  
y no los prende, el yerro que comete.

Variando en acuerdos diferentes  
varias cosas le ofresce la memoria  
y por la mayor parte impertinentes  
que le dificultaban la vitoria;  
movido de celosos accidentes  
ante sus ojos viendo su notoria  
infamia, se resuelve en reportarse,  
y entrar sin que lo entiendan, ni aclararse.

Toca la puerta quedo con la mano,  
habla cuan recio puede por que sea  
conocido y el torpe amator vano  
se asconda, y se aperciba Citerea.  
Marte conoció luego ser Vulcano  
y un fiero ardor lo enciende y señorea;  
toma la espada, embraza el fuerte escudo  
del sobresalto y del coraje mudo.

Venus recuerda pavorosa viendo  
tomar las armas furioso a Marte,  
inorando la causa del horrendo  
denuedo, y la ocasión que así lo aparte;  
los bellos labios mueve, que vertiendo  
están néctar y amor en toda parte,  
y a Marte dice: «¿qué te enciende en ira?

¿A qué te armas? ¿Quién así te aíra?»

«¿No ves -responde Marte-, que a la puerta  
tu marido Vulcano está llamando?  
Y venir a tal hora es cosa cierta  
que te viene y me viene procurando;  
nuestra oculta maldad es descubierta,  
tu deshonra te viene amenazando;  
¿qué quieres que hagamos? Mira presto  
lo que te agrada que se haga en esto.»

Del regalado lecho pavorosa  
Venus saltó, confusa y alterada,  
el color bello de purpúrea rosa  
perdido, y la voz flaca y desmayada;  
ni a decir ni a hacer acierta cosa  
que para el caso le aproveche nada;  
gime llena de espanto, sin que acierte  
a elegir medio en tan dudosa suerte.

Tal vez la lengua que el temor le anuda  
prueba a mover, y en medio del camino  
le falta el movimiento y queda muda,  
y ella con desmayado desatino;  
perpleja en medio desta mortal duda  
oyendo que a la puerta con continuo  
y presuroso golpear llamaba  
Vulcano, y que los golpes arreciaba.

En esta duda, viendo que Vulcano  
los constreñía que la puerta abriese,  
sin hablar, asió a Marte de la mano  
y por señas le dijo que huyese;  
él, que tenía ya el camino llano,  
lo hizo así, sin que sentido fuese  
del celoso Vulcano; ella a la puerta  
acudió, y al momento le fue abierta.

Con alegre semblante y con fingido  
regalo, al tosco esposo ligó el cuello  
con los hermosos brazos que han podido  
rendir a Jove y a su amor traello;  
la bella diosa a quien adora Gnido  
con tal arte procura entretenello  
por divertillo, y él la sigue y calla  
dejándose llevar por descuidalla.

Desde la alteración y sobresalto  
a la anudada lengua dio licencia,  
y el ánimo quedó del miedo falto  
que le dio del marido la presencia,  
el bello rostro levantando en alto  
usando de su libre preminencia  
le pregunta qué causa lo traía  
a tal hora y por qué no fue de día.

Él, que no menos cauteloso que ella  
andaba, le responde que el deseo  
era tan grande que tenía de vella  
que lo traía a haber aquel trofeo;  
mas que sería el apartarse della  
antes que el bello resplandor cirreo  
en el rosado oriente se mostrase  
y las húmidas sombras desterrase.

Esto diciendo, se entra al aposento  
donde tenía su amorosa cama  
Venus, y la red tiende con gran tiento  
cual al engaño convenía que trama;  
fue en ponerla tan presto que un momento  
no se detuvo, y luego a Venus llama,  
que descuidada del sutil engaño  
se vino a donde le esperaba el daño.

Con ella estuvo entretenido un rato  
en razones, diciéndole mil cosas  
sin policia, sin ningún ornato  
de discreción, mas simples y enfadosas;  
así se aseguraba del recato  
que pudiera tener, de sus viciosas  
culpas, así la iba entreteniendo,  
el mortal vaso sin sentir bebiendo.

Desta suerte a la diosa divertía  
el dios de Lemnos, y en abrazo estrecho  
y en fingido contento la tenía,  
encubriéndole así el doblado pecho;  
y viendo que la noche oscura y fría  
declinaba, dejando el gnidio lecho,  
se puso en pie y en el camino al punto  
dejando a Venus libre de su asunto.

Quedó la bella diosa Cítarea  
contenta, que le hubiese sucedido  
cual deseaba y siempre se desea  
de la que ofensa hace a su marido.  
Marte, a quien la belleza señoera  
de Venus, que escuchando y ascondido  
había estado, a Venus volvió luego  
ciego de amor, ardiéndose en su fuego,

dícele: «oh bella diosa, a quien adora  
la deleitosa Cipre, en cuya mano  
la bandera está siempre vencedora  
del mundo y del imperio soberano,  
¿a qué atribuyes ver así a deshora  
desde Lemnos venirme a ver Vulcano?  
Y con presteza tal verte y dejarte  
no carece de engaño ni es sin arte.

Mas de qué arte puede usar conmigo  
que pueda serle de ningún efeto,  
por armas, no querrá el arte que sigo,  
y por cautelas, es poco discreto;  
de nuestro amor no hay rastro ni testigo  
que pueda deponer, todo es secreto,  
todo seguro y todo me asegura  
y todo me promete igual ventura.

Así, oh bella hija del potente  
retor de la celeste monarquía,  
no te congoje que se esté, o ausente  
que vuelva, o haga adonde dijo vía;  
que contra su cautela diligente  
opongo mi invencible valentía;  
contra cuanto pensare mi denuedo,  
y contra cuanto puede, lo que puedo.»

Enternecido en su amorosa llama,  
en su dulce pasión todo ocupado,  
la blanca mano besa a la que ama,  
al bello rostro el suyo muy pegado;  
desta suerte llegándose a la cama  
ella se acuesta y él le ocupa el lado;  
y apenas en las sábanas tocaron  
cuando en la fuerte red, presos quedaron.

Revuelve Marte, como el lazo estrecho

sintió oprimille, y prueba a levantarse,  
firma en los brazos el valiente pecho,  
y con fuerza restriba por soltarse;  
era su diligencia sin provecho  
que cuanto tira más, más vía ligarse  
de la red y el sutil hilo ascondense  
dentro en las carnes sin poder romperse.

Gime profundamente y con horrible  
voz, se lastima del astuto engaño  
y que no sea su poder posible  
ni su deidad lo libre de aquel daño.  
«Oh cielo -dice- a mi pasión terrible  
endurecido, y a mi mal estraño.  
¿Por qué consientes que un herrero pobre  
sujete a Marte y en valor le sobre?»

¿Es justo que se alabe que me tiene  
en su poder con tanta infamia preso?  
¿Es justo, que por arte tal se ordene  
que sea con todo mi poder opreso?  
¿No hay otro a quien en esto se condene?  
¿Yo sólo he cometido en esto eceso?  
¿Yo sólo debo estar desta manera?  
¿No hay otro a quien condene esta red fiera?»

Hablando así, revuelve ardiendo en ira,  
cual soberbio león que se ve asido  
al fuerte nudo, y con fiereza tira  
por quebrantallo, en cólora encendido;  
que cuanto más trabaja y más se aíra,  
más se revuelve y ve más oprimido  
de la ingeniosa trampa que lo aprieta,  
y nudo y lazo y red más lo sujeta.

Mas viendo que su furia se quebranta  
más de la ligadura que lo oprime  
y que ya el cuello libre no levanta  
con lozana altivez, se estiende y gime;  
así viéndose Marte puesto en tanta  
estrechez, y que el hilo se le imprime  
en las carnes, suspira su fortuna  
sin valerse de fuerza o de arte alguna.

La madre del Amor también estaba  
de la ingeniosa red toda cubierta

y como con la fuerza le apretaba  
se queja y gime su deshonra cierta;  
las delicadas carnes lastimaba  
el acerado nudo, y casi muerta  
se dejaba rendir al grave peso  
que el delicado cuerpo tenía opreso.

Lloraba tiernamente el afrentoso  
paso, en que su fortuna la tenía  
sin valelle de Marte poderoso  
la industria ni la fuerte valentía  
desea en aquel punto ver su esposo,  
cosa que eternamente aborrecía,  
confiada, que si él así la viera  
de lástima y de amor se enterneciera.

Estando en su afrentosa red asidos  
la diosa Venus y el soberbio Marte,  
por el aire esparciendo mil gemidos,  
que muestran de su pena alguna parte,  
el Sol, que sus designos vio cumplidos  
a dar cuenta a Vulcano apriesa parte,  
lleno de gozo y ufanez de vellos  
cómo hacer pudiese escarnecellos.

Iba Vulcano poco desviado  
de su casa, de industria o por torpeza  
de la lisión, que lo traía agravado  
y le impedía andar con ligereza,  
revuelto en su congoja y su cuidado  
en la ocasión de su inmortal tristeza  
sin poder dejar libre la memoria  
de la pasión de su afrentosa historia.

Viéndolo Apolo, en alta voz lo llama  
diciéndole: «Vulcano, da la vuelta,  
vuelve y verás adulterar tu cama,  
y en lazo estrecho a tu mujer revuelta;  
asido está con ella el que te infama,  
blasfemando por ver que no se suelta  
de la intrincada red, y desta suerte  
la bella Venus queda y Marte fuerte.»

Volvió Vulcano al dios que nació en Delo,  
retor de la una cumbre del Parnaso  
y dícele: «pues eres de mi duelo

el testigo y del mal que injusto paso,  
quita del mundo el tenebroso velo  
y a tus caballos apresura el paso,  
dando a la tierra tu ascondida lumbre  
fuera de hora y contra su costumbre.

Pues de la oscura sombra es impedida  
la pura luz, que todo lo esclaresce,  
y esta maldad por ella está ascondida,  
porque siempre lo malo lo aborresce,  
no te detenga Jove la salida  
cual hizo amando Alcmena, ven, paresce;  
haz manifiesta esta maldad, y clara  
de la venganza mía la industria rara.»

El dios insigne en fuego al punto parte  
en diciéndole a Febo estas razones  
a ver el fin de su deseo y el arte  
que tuvo en dar remate a sus pasiones;  
contempla a Venus y desnudo a Marte,  
llorando a ella, a él echar blasones;  
y este cuidado lo movía de suerte  
que de cojo lo hace sano y fuerte.

No le impedía el suelto movimiento  
de la quebrada pierna la torpeza,  
que el deseo le da y la ira aliento,  
y lo llevan con suelta ligereza;  
no usaba de temor, y andar a tiento,  
sintiendo en desmandándose flaqueza,  
que a ver esto, aunque cojo y de pies malo,  
ecediera a Filón, Canisio, y Talo.

El enojo que el alma le encendía  
lo llevaba, y tal priesa en su ida puso,  
que dando fin a su prolija vía,  
llegó a su casa de furor confuso;  
rompe con fiera saña y osadía  
la puerta, entra quebrando en todo el uso  
de la razón, y dice en voz subida  
que fue de Jove en su alto asiento oída:

«¿Qué haces, oh retor y padre eterno,  
Júpiter poderoso y soberano,  
a cuyo cargo está puesto el gobierno  
del imperio celeste y del humano?

Si a mi dolor y si a mi llanto tierno  
no te mueves, si tu potente mano  
destos dos alevosos no me venga,  
causa darás que queja de ti tenga.

Abre esas puertas celestiales, mira  
la infamia triste en que ofender me veo,  
en mi justa razón muestra tu ira,  
dame venganza deste insulto feo;  
un rayo ardiente desde el cielo tira  
que los eche al infierno con Briareo  
que testimonio dé de mi justicia  
y manifiesta haga su malicia.»

Diciendo esto Vulcano, el Sol lumbroso  
abrió las puertas al rosado oriente  
dando licencia al resplandor fogoso  
que de la tierra la tiniebla ausente;  
el hijo de Saturno poderoso  
encima de su alcázar eminente  
(la voz oyendo de Vulcano) al punto  
se paró y su consilio todo junto.

Luego los dioses como a Marte vieron  
y a Venus, sin ornato ni atavío  
en la red presos, dellos se rieron  
con igual libertad que señorío;  
de vergüenza los rostros ascondieron  
las diosas, y afeando el desvarío  
de Vulcano, a su albergue se tornaron;  
Jove y los dioses a do está bajaron.

De las diosas bajó la diosa Juno  
mujer del alto Júpiter y hermana,  
como quien no dejó en tiempo ninguno  
de querer mal a Venus soberana.  
Palas, que odio le tenía importuno  
después que le dio el teucro la manzana  
siguiendo a Juno baja a escarnecella,  
vengándose de en tal afrenta vella.

Como la cipria diosa así se vía  
atada al nudo y toda así desnuda,  
gime, y Juno de vella se reía,  
Palas la sigue y a reír le ayuda,  
y dice: «si cuales la intención mía

se conociera, sin ninguna duda  
a Venus cobijara con el manto  
que me dio Atenas por honrarme tanto.»

El rostro escondió Venus suspirando  
de ver que así riendo estaban della  
las diosas a quien ella despojando  
del premio, fue juzgada por más bella.  
Juno dice a Vulcano: «ve aflojando  
esa tirante red, pues que con ella  
haces daño a las carnes delicadas  
que con regalo suelen ser tratadas.»

Lleno de ira y de coraje el pecho  
el insigne herrero le responde  
a la esposa de Jove: «satisfecho  
estoy del odio que tu pecho asconde;  
él ha de hacer bueno mi derecho,  
pues él a lo que intento corresponde  
que es conocer la justa causa mía,  
fundada en justa ley, no en tiranía.

Tú gran retor del alto ayuntamiento,  
que acudiste a mi afán y voz llorosa,  
pues ves mi afrenta y triste acaecimiento  
y en adulterio a Marte con mi esposa,  
si del honor se tiene sentimiento,  
si se siente una ofensa tan penosa,  
padre Jove, justicia te demando  
de Venus alevosa y Marte infando.

Nadie me culpará que la demande  
viendo el triste espectáculo presente;  
viendo una infamia y un dolor tan grande  
que me consume en llanto y celo ardiente;  
y así protesto, que jamás ablande  
el corazón ni el ánimo inclemente;  
ni de la red en que se ven revueltos  
por ruego ni clemencia se vean sueltos.»

«No se debe albergar -responde Palas-  
en noble pecho intento tan severo,  
pues haciéndolo así, Vulcano, igualas  
a las tres Furias del sulfúreo impero;  
desata a Venus, vuélvele sus galas,  
que su afrenta te afrenta a ti primero

y esas carnes divinas es injusto  
que las toque y apriete el lazo justo.»

Comenzaron los dioses a reírse  
de ver a Palas cuán doblada andaba,  
y del sutil ingenio, que aún bullirse  
para tomar descanso no dejaba.  
Uno dijo (que pudo bien oírse):  
«nunca tiene buen fin ni en bien acaba  
la mala obra, y bien se ha visto en esto,  
pues así alcanza el cojo al sano y presto. «

Riose Apolo y preguntó al facundo  
nuncio celeste: «dí, Mercurio amigo,  
¿quisieras en los lazos ser segundo  
por ver a Venus en la red contigo?»  
«Pluguiera a Jove, hacedor del mundo,  
que en cien mil lazos más viera conmigo  
a Venus, y que estando de aquel modo  
me viera el celestial colegio todo.»

Causó a los dioses risa la respuesta  
de Mercurio, y a sólo el dios Neptuno  
desagradó y le fue dura y molesta,  
sintiendo en esto lo que allí ninguno;  
oír su trisca y su jocosa fiesta  
le cansaba y causaba un importuno  
pesar, y así a Mercurio y Febo mira  
con turbio ceño y dice ardiendo en ira:

«Si al que allí veis en nudo estrecho atado  
viérades fuera de la cuerda dura  
ninguno de los dioses fuera osado  
a hacer burla dél con tal soltura;  
desto hago al gran Júpiter culpado,  
que estando aquí y en esta coyuntura  
se atreva nadie a escarnecer de Marte  
ni a mofar dél por vello de tal arte.

Más justo fuera condoler su afrenta  
y que su pena a todos diera pena,  
pues la misma ocasión que a Marte afrenta,  
a todos a lo mismo nos condena;  
y faltando quien esto así lo sienta,  
sabio Vulcano, tu rigor refrena;  
suelta la cuerda, en libertad los deja,

y con lo hecho satisfaz tu queja.»

Vulcano, en labrar hierro ingenioso,  
responde así con demudado gesto:  
«tridentífero rey del reino undoso,  
¿tan fácil hallas la ocasión en esto?  
¿No te da a ti fatiga mi afrentoso  
dolor, ni te congoja mi molesto  
celo, ni te provoca ni lastima  
que tal carga con peso tal me oprima?

Mas una cosa en lo que pides quiero  
(por lo que toca a mi sosiego y honra  
ante el potente Jove), hacer primero  
que es la que en esto me restaura y honra:  
que a Venus que traspasa el santo fuero  
de Himeneo, y cual ves, mi honor deshonra,  
repudialla, y ella ha de volverme  
el dote que le di para así verme.

De otra suerte será tan imposible  
como nacer del ocidente el día;  
la oscuridad ser más que el día apacible,  
y dejar de ser Cintia húmida y fría;  
el tormento cruel del reino horrible  
dará descanso y le será alegría  
a los dañados, antes que yo darte  
sin que me paguen en soltura a Marte.»

Neptuno le replica: «si eso sólo  
te impide, yo la paga te aseguro,  
ante el gran Jove y el sagrado Apolo  
te doy la mano y de cumplillo juro;  
y el regidor del uno y otro polo  
me lance al espantable reino oscuro  
a eterno y miserable mal sujeto,  
si no cumpliere lo que aquí prometo.

Bien puedes, oh ecelente dios del fuego,  
si puede algo el amistad contigo  
el acerado hilo aflojar luego,  
pues a la paga por deudor me obligo;  
con ese cargo, aunque en mi enojo ciego,  
tu voluntad, oh gran Neptuno, sigo.»  
-Vulcano respondió- y la red largando,  
los ciegos nudos fueron aflojando.

Luego que Marte en libertad se vido  
y que mover los fuertes brazos pudo,  
el fuerte arnés habiéndose vestido,  
se caló el yelmo y embrazó el escudo;  
empuñado a la espada enfurecido,  
avergonzado y de coraje mudo,  
resuelto de vengar su desafuero,  
se fue desde allí a Tracia el tracio fiero

Las Gracias acudieron a este punto  
y cobijando a Venus la hermosa  
el bello cuerpo, natural trasunto  
de la beldad más rara y milagrosa;  
cubierta así, su carro puesto a punto,  
enderezó su vía presurosa  
a Cipre, adonde siendo acompañada  
de las divinas Gracias fue lavada.

Con esto, quedó libre de la injuria  
de la red rigurosa recibida  
y olvidada de todos la lujuria  
que fue ocasión de ser en ella asida;  
mas la implacable saña y mortal furia  
contra el Sol y su casta concebida  
fue perdurable en Venus, cuya historia  
consagra el tiempo a la imortal memoria.

Esta, si el generoso cielo aspira  
a la musa, que el ciego amor de Marte  
os ofrece, hará vivir mi lira  
vuestra gloria cantando en toda parte;  
y contra el ciego olvido y su cruel ira  
serán en numeroso estilo y arte  
en graves espondeos y en sagrados  
dóricos, vuestros hechos celebrados.

En tanto que se cumple este deseo  
(oh ecelso Don Enrique de la Cueva)  
y que el puesto ocupáis en que ya os veo,  
digno al valor de vuestra heroica prueba,  
el don humilde del furor cirreo  
acetad, que aunque humilde se comprueba  
la voluntad en él con que se ofresce,  
y ésta, por si que la acetéis meresce.

FIN